

Morir a medias

A mis nietos Ana, Lucía y Javier

Aquel día solo morí a medias, como Jonás. Claro que él lo hizo con vistas al mar, con desahogo, mientras que yo compartí un ambiente bilioso y sin encanto. Jonás fue perdonado de escurrir el bulto y desobedecer a Dios, y yo, con menos trato con el Altísimo, me conformé con el perdón de mi madre. Desde entonces, aunque parezco la misma, soy otra.

Yo tenía entonces cuerpo de zangolotina y ganas de comerme el mundo, aunque a punto estuve de que el mundo me tragase a mí. De niña fui curiosa, pero a lo tonto, sin afán de descubrir nada importante. Es decir, era más bien cotilla. Lo que me gustaba era espiar a los adultos. Los escuchaba desde el rincón oscuro de la escalera y luego, en la cama, pensaba en mis cosas porque las suyas me aburrían.

El día en que volví a nacer, no lo hice sola. Renací junto a mi abuela. La abuela y yo hacíamos muy buenas migas porque ella, a su manera, también era una niña, y las dos coincidíamos en que mamá era una aguafiestas.

Mi madre era tan miedosa que no había miedo que no tuviera, alguno lo tenía hasta repetido, los coleccionaba. Enseguida daba con ellos, en cualquier lugar: en el bosque, en el fuego, en el pueblo. En cuanto los veía, se hacía con ellos, los traía a casa y les echaba de comer. Sus miedos y yo crecimos juntos. Primero fue *Cuidado con esto, Cuidado con aquello*. Luego pasó a *No te entretengas, No hables con desconocidos*. Sus temores andaban esperándome.

Un día mi madre se entregó a la repostería, sabe Dios por qué. Aromas empalagosos se escapaban de la cocina donde ella cacharreaba removiendo, batiendo, horneando. Acabé tan azucarada que, desde entonces, tiro a lo salado. Por eso y porque yo soy más de emociones fuertes.

Mi padre era otra cosa. Cuando llegaba, se encaminaban directamente a la cocina donde se quitaba el trajín de la tierra y el olor de los animales. Los días de descanso se iba, con la escopeta al hombro, de caza con los del pueblo a pegar unos tiros y ahuyentar a los lobos o, al menos, eso decía.

Yo me aburría, y a la menor ocasión, corría a ver a mi abuela. Mi madre me hacía recomendaciones desde la puerta. No hables con nadie, y regresa pronto que ya sabes que en el bosque oscurece pronto.

Qué tonta fui. Y no por pequeña, si no por mema. Esa memez que a veces desaparece con los años, y otras veces va a peor. ¿Por qué me detuve a hablar con aquel desconocido? ¿Dónde vas? ¿Y qué llevas? ¿Y dónde vive? Me entretuve por cotilla, por chismosa. Hoy le hubiera dicho ¡Y a Vd. qué le importa! Pero claro, hoy él está muerto.

Finalmente llegué a casa de mi abuela. Era una casita de madera que, como casi todas las casitas de las abuelas que viven en el bosque, tenía un tejado rojo con la forma de un cuento abierto boca abajo, y sobre el cuento flotaba una nubecilla de humo que olía a pan de hogaza y a castañas asadas.

Mi abuela era una mujer bajita con un pelo muy blanco que, trenzado, se recogía en un moño pero, ese día, la trenza se le había desmadejado y campaba a su aire como un látigo desbocado. Siempre pensé que mi abuela era la abuela más guapa del mundo. Tenía los ojos más grandes y bonitos jamás vistos, y se lo dije *“Abuela, que ojos tan grandes tienes”*. Incluso su boca era bonita, una boca que se desplegaba de oreja a oreja. *“Abuela, que boca tan grande tienes”*.

Tumbada a su lado sentí un escalofrío que me estremeció. ¿Acaso era ese el miedo que anduvo esperándome tantos años? Tendida junto a él pensé que mi madre me hubiera recomendado echar a correr. Sin embargo, yo permanecí inmóvil, hechizada ante el rostro de mi abuela que era el vivo retrato de un hermoso lobo.

Los hechos que ocurrieron después fueron tan celebrados y de naturaleza tan extraordinaria que sobran las palabras.